EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

LA FLOR DE LA MONTAÑA

ZARZUELA EN UN ACTO Y EN VERSO

LIBRO DE

JOSÉ JACKSON VEYAN

(ARREGLO DE OTRA OBRA DEL MISMO AUTOR)

MÚSICA DEL MAESTRO

ARTURO SACO DEL VALLE

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
PROPIEDAD
MADRID

MADRID

LORENCIO FISCOWICH, EDITOR

(Sucesor de Hijos de A. Gullón)

PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS,—2—2.°

1894

3

LA FLOR DE LA MONTAÑA

Esta obra es propiedad de su autor y de D. Florencio Fiscowich, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados, ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la *Galería lírico-dramática* titulada EL TEATRO, de D. Florencio Fiscowich, son los exclusivamente encargados del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la Ley.

LA FLOR DE LA MONTAÑA

ZARZUELA EN UN ACTO Y EN VERSO

LIBRO DE

JOSÉ JACKSON VEYAN

(ARREGLO DE OTRA OBRA DEL MISMO AUTOR)

música del maestro

ARTURO SACO DEL VALLE

Estrenada en el TEATRO ESLAVA el 30 de Noviembre de 1894

MADRID
R. VELASCO, IMPRESOR, RUBIO, 20

1894

Digitized by the Internet Archive
in 2013

http://archive.org/details/laflordelamontaa2733saco

Á MI BUEN AMIGO Y COMPADRE

D. Matías Padilla

Sin aroma ni color
y muerta apenas nacida,
te la dedica el autor.
Esta es la primera FLOR
que ofrezco á un hombre en mi vida.
A darte un laurel me obligo
si verde en mis campos brota;
y conste, compadre amigo,
que yo estoy siempre contigo
en el triunfo y la derrota.

Pepe Jackson

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
BLANCA	Srta. Brú.
ALBERTO	Sr. Pinedo.
ANDRÉS	Banquells.
BARÓN	Lacasa.
ANTÓN	Carrión.

Coro de aldeanas y soldados

La acción se supone en Laredo

REINADO DE FELIPE V

El derecho de reproducir los *materiales de orquesta* de esta obra pertenece á *D. Florencio Fiscowich*, á quien dirigirán sus pedidos las empresas teatrales que deseen ponerla en escena.

ACTO UNICO

Casa rústica á la izquierda con ventana y puerta. Al pié de la ventana macetas de flores. Arbol y banco, peñasco á la derecha. Monte practicable al foro y vista de un castillo en las estribaciones del monte.

ESCENA PRIMERA

Aparece ANTÓN por el foro con una piedra en la mano y como hablando con alguno; después las MOZAS del pueblo

ANT. Pues yo te digo y repito
que si otra vez me lo encuentro
escarbando las arvejas,
de un peñascazo lo entuerto. (Pausa.)
¿Que soy tonto?... Ya lo sé:
tampoco otra falta tengo.
(Tira la piedra y baja.)
En fin, no quiero cuestiones,
les doy la espalda y me siento.
(Saca una flauta.)
La música me hace á mí
más humilde que un cordero,
y es que la música, ¡toma!
ceviliza al más zopenco.
A ver si la embocaura
pueo cogerle al instrumento.

Música

ANTÓN Haré un ejercicio
para *escomenzar*. (Toca la flauta.)

Tiene el instrumento
su dificultad.

MOZAS Se divierte solo:
si lleva el compás
y no desafina,
podremos bailar.

ANTÓN Creo que es así:
sol, mi, re, fa, la.

MOZAS No salgas de ahí,
si no sabes más.

ANTÓN Siempre las mujeres
habéis de estorbar.

MOZAS Toca algo bonito.

ANTÓN ¡Yo que he de tocar!

MOZAS Todas las mozas
cuando te oímos
aquí venimos,
querido Antón,
con la esperanza
de que bailemos
y que admiremos
tu ejecución.
¡Antón! ¡Antón!
no seas simplón,
que entre todas bien puedes buscarte
una proporción.

ANTÓN ¡Chitón! ¡Chitón!
no soy tan simplón,
y entre todas no quiero buscarme
una desazón.

UNAS ¿Te gustan morenas?

OTRAS ¿Te gustan rubitas?

ANTÓN Yo gusto de todas,
pero solteritas.

MOZAS Nada hay más tranquilo
que el matrimoniar.

ANTÓN En plazas armadas
no puede haber paz.

—

Es Laredo plaza fuerte,
y tenemos guarnición,
y es expuesto, amigas mías,
que se case un labrador.

A vosotras los galones
os arrastran, sin querer,
y el paisano que se casa
arrastrado se ha de ver.
Por eso en mi vida
me quiero casar.
Yo toco solito
la flauta, y en paz.

MOZAS Verás como tienes
que matrimoniar,
pues has de aburrirte
de tanto tocar.

ANTÓN En teniendo su boleta,
tiene casa un militar,
y no quiero que se cuelen
alojados en mi hogar.
Las mujeres son estopa,
el soldado fuego es,
y, como el demonio sople,
hasta el pelo suele arder.
No canto tercetos
con un militar.
Yo toco solito
la flauta, y en paz.

MOZAS Verás como tienes
que matrimoniar,
pues has de aburrirte
de tanto tocar.
¡Tú te cansarás!

ANTÓN ¡Qué me he de cansar!

Hablado

ANT. ¡Arre allá! y á despediros
de soldados y rancheros,
que marcharán de la plaza
si hoy les llega su relevo.
Mucho suspiro, y después
si te he visto no me acuerdo.

MOZA 1.ª ¡Presumido!

ANT. Un hortelano
vale más que un regimiento.
Yo produzgo y ellos matan.
Ellos se van; yo me quedo.

MOZA 1.ª ¡Se lo ha creido! (Riéndose todas.)
MOZA 2.ª ¡Simplón!
MOZA 1.ª ¡Imbécil!
MOZA 2.ª ¡Tonto!
MOZA 1.ª ¡Mastuerzo!
ANT. ¿Queréis que os llame una cosa
muy fea?
MOZA 1.ª ¿El qué?
ANT. ¡Bello sexo!
Con eso está dicho too
lo peor que yo recuerdo.
MOZA 1.ª Quédate con Dios, ¡borrico!
ANT. ¡Diablos! andai al infierno. (Vase el Coro.)

ESCENA II

ANTÓN y á poco BLANCA por la casa

ANT. Siempre me han de interrumpir
cuando á solas me divierto.
Seis años hace que estoy
sopla que sopla, y no puedo
por más que soplo, soplar
más soplido que el comienzo.
(Cogiendo la flauta que habrá dejado sobre el banco.)
El que era un gran tocaor
de flauta... vaya, era Alberto.
¿Cómo era lo que tocaba?...
A ver, á ver si me acuerdo.
(Toca sentado en el banco.)
BLAN. ¡Antón! (Reconviniéndole al salir.)
ANT. ¡Ay! Se me olvidó.
BLAN. ¡Otra vez!...
ANT. No vuelvo á hacerlo.
BLAN. Mil veces te he repetido...
ANT. Si lo sé... ¡Soy un zopenco!
BLAN. Que no quiero que me traigas
á la mente ese recuerdo
que me entristece.
ANT. Perdona.
No lo haré más; lo prometo.
BLAN. ¿Con quién disputabas antes?
ANT. Con ese perruco feo

del Castillo, que sin duda
está mal con su pellejo.

BLAN. ¿Qué me dices?

ANT. La verdad.

BLAN. ¿Disputabas con un perro?

ANT. Con un perro que destroza
todo lo que hay en el huerto.
Y si fuera más bonito,
entonces del mal el menos,
pero si tiene una cara
que es el retrato perfeuto
de Judas... Como su amo.

BLAN. ¡Antón!...

ANT. Digo lo que siento.

BLAN. ¡Calla!...

ANT. No quiero callar,
que ya estoy hasta los pelos
del perruco y del Barón,
de ese tío tan soberbio,
y tan orgulloso y tan...
Pues conmigo...

BLAN. ¡Antón, silencio!

ANT. ¡Y dale con que me calle!

BLAN. ¿No ves que de él dependemos?

ANT. Yo no dependo de nadie
más que de Dios y del viejo
que te ha dado á luz...

BLAN. ¡Antón!...

ANT. Si vieras tú los deseos
que tengo porque al Barón
lo manden á los infiernos
y que venga el otro... ese
Conde de... nunca me acuerdo.

BLAN. El Conde del Muro.

ANT. Sí.
Cuando venga, lo primero
que le pido es que me haga
guarda-bosque; así tendremos
en casa al señor Andrés,
que ya no pué con el peso
del arcabuz. El en casa
y yo á trepar por los cerros.

BLAN. Mi padre tiene ese cargo
sin duda por el respeto

á sus pasados servicios.
Además, en este puesto,
cerca de la fortaleza,
es comprometido.

ANT. Bueno,
por eso lo quiero yo.
Así verán en Laredo
quién es Antón Chupaguindas;
porque yo soy un borrego:
me pisan y no hago caso;
vuelven á pisarme y quieto;
mas que no me pisen mucho,
porque lo que es en diciendo
po aquí meto la cabeza,
no hay más... por allí la meto.
En fin, montañés y basta.

BLAN. Los soldados que estuvieron
ayer hablando contigo
¿no saben nada de Alberto?

ANT Ni tampoco una palabra.

BLAN. ¿Con que no?...

ANT. Nada, ni esto.

BLAN. Tal vez haya perecido...

ANT. ¿Perecer él?... Sí, al momento.
Iba el muchacho á morirse
sin escribírselo al pueblo.
Además, ya recibiste
carta suya.

BLAN. Hace ya tiempo.

ANT. Y que estaba de lo lindo.
Pero ahora que lo recuerdo,
la tardecilla va entrando
y Andrés no parece.

BLAN. Es cierto.
Tarda mi padre, es verdad.

ANT. Si le ha salido un conejo,
y él se ha empeñado en matarle,
como le estorba ya el peso
de los años... voy á ver
si por suerte le tropiezo.

BLAN. Sí, Antón.

ANT. Cogeré el pedrusco,
por si es que me sale el perro.
(Vase foro izquierda.)

ESCENA III

BLANCA

¡Alberto del alma mía!
Imán de mis pensamientos,
¿por qué tu voz no responde
á los ayes de mi pecho?...
Esta es tu carta. Estoy sola;
bien puedo imprimirla un beso,
sin que el rubor me lo impida.
¡Dios mío, cuánto le quiero!
(Abre la carta y lee.)
«Al ronco son del tambor,
»y del bélico clamor
»que por los aires resuena,
»quiero describir mi pena...
»quiero pintarte mi amor.
»Ni aun en estos campos rojos
»con los humanos despojos,
»calmar mi dolor consigo...
»El fuego del enemigo,
»me recuerda el de tus ojos.
»Y el humo que se dilata,
»y en mil grupos se desata,
»subiendo á la azul esfera,
»sólo tu faz hechicera
»en sus dibujos retrata.
»Ausente de tu pasión,
»por una grata ilusión
»siempre á mi lado te encuentro,
»que llevo tu imagen dentro
»de mi mismo corazón.
»Ya el ronco clarín se escucha,
»que presagia nueva lucha...
»¡Consuela tus sinsabores!...
»Si muchos son tus dolores,
»también mi ansiedad es mucha.
»¡Adiós! ¡Desde mi retiro,
»un suspiro en raudo giro,
»mi triste pecho te envía!...
»¿Quién sabe si éste, alma mía,
»será mi último suspiro?»

¡Tu último suspiro!... ¡No!
¡Porque tu aliento es mi aliento,
y yo existir no pudiera,
mi bien, si hubieras tú muerto!

Música

BLANCA

De laureles y gloria ambicioso
al partir me dejó el corazón,
y yo siento en mi pecho amoroso
cómo laten á un tiempo los dos.
Si le dí mi ventura y mi calma
y hasta el alma con ciega pasión,
cuando vivo, es que vive mi alma
de su pecho en la dulce prisión.
¡Vuela, suspiro mío,
vuela y avanza!
En las alas confío
de la esperanza.
¡Vuela, mi amor,
que en un suspiro encierro
mi corazón!

—

Yo bendigo los tristes rigores,
y de ausencia el mortal padecer.
Comparables no son mis dolores
á la dicha de verle volver.
es el negro dolor sombra vaga:
si de amor vuelve el sol á brillar,
una dulce sonrisa nos paga
todo un siglo de amargo llorar.
Vuela, suspiro mío,
vuela de prisa,
que en el premio confío
de una sonrisa!
¡Breve dolor
el que aguarda una gloria
de eterno amor!

—

¡Alberto mío!
¡Grata ilusión!
Cuando yo vivo,
no has muerto, no.

Hablado

¿Y aún habrá quien te dispute
mi cariño?... Vano empeño.
Ese Barón orgulloso,
que de mi virtud en premio,
hoy me ofrece un corazón
que pertenece á otro dueño.
¡Mi padre!... Si él lo supiera...
(Viéndole salir con Antón.)
¡Sólo de pensarlo tiemblo!

ESCENA IV

BLANCA, ANDRÉS y ANTÓN, por el foro izquierda

ANT. ¿Qué tal?... ¿No lo dije yo?...
Si no acudo rueda el cerro.
BLAN. ¡Padre!...
AND. Mentira, hija mía.
Antón es un majadero
que no sabe lo que dice.
Bajaba con paso incierto
por lo angosto de la senda.
¿Si crerás tú que mis huesos
están tan débiles ya,
que no pueden con mi cuerpo?
Estos mozuelos de hoy,
se figuran que los viejos
no servimos para nada.
Pues te equivocas; yo tengo
la fuerza que necesito,
y aunque ya torpes mis remos,
lo que es arcabuz en mano
no envidio á nadie en Laredo.
Algo había de quedarme
de aquellos pasados tiempos
en que luché por la patria...
BLAN. Sí; con el padre de Alberto.
AND. ¡Milagro que no salía
á relucir el mancebo!
BLAN. ¡Yo!...
AND. No creas que te riño;

ya sabes tú que le quiero.
Yo le recogí al morir
su padre...

ANT. Pues ya lo creo:
como que era un guapo chico,
y lo será, si no ha muerto.
¡Lástima que se marchase!

AND. Inútil fué detenerlo;
sediento de honor y gloria
partió á Flandes con los tercios.
Hoy hace seis años justos.

BLAN. Seis años que no le vemos,
y uno sin tener noticias...

ANT. ¿Y qué es lo que hay del relevo
de tropas?...

AND. Dicen que el Conde
del Muro llegara presto
á relevar al Barón.

ANT. ¿A ese tío?... Pues me alegro.

BLAN. (¡Ojalá que pronto sea!)

ANT. De fijo que ganaremos.
¿Y quién será el señor Conde?

AND. Es un bizarro mancebo,
cuyo título y honores
debe á su brazo de hierro.
En un reñido combate
contra el aliado ejército
de ingleses y de alemanes,
en los estados flamencos,
las tropas del rey Felipe,
que replegarse tuvieron,
porque un castillo gigante
los diezmaba con su fuego;
pues, bien: él, con los soldados
que seguirle no temieron,
asaltó la fortaleza,
y en sus muros, el primero
hizo ondear la bandera
de su bravo regimiento.
El rey don Felipe quinto,
para premiar su denuedo,
conde del Muro nombrole
y capitán de sus tercios.

ANT. Pues aun hizo poco el rey,

que, á ser yo, le hubiera hecho
general... primer ministro...
ó arzobispo por lo menos.

AND. Quiera Dios que Alberto vuelva
como él de gloria cubierto.

BLANCA Pronto será, si la Virgen
no desatiende mis ruegos.

ESCENA V

DICHOS, EL BARON foro izquierda. Vestirá de militar

BAR. (Bajando.) Guardeos Dios.

AND. ¿A qué debemos
el honor de tal visita?

ANT. (Aunque no hubiera venido
poca falta nos hacía.)

BAR. Pasé... y al verle de vuelta,
recordé... que me precisa
entregar este despacho. (Lo saca.)

BLANCA Antón puede...

BAR. Hermosa niña,
es delicado el asunto
y Antón...

ANT. ¡Vaya una salida!
¿Acaso soy yo tan bruto?

AND. Calla. Pues en mí confía,
parto al punto.

BAR. Tomad, pues.

AND. Pronto vuelvo; adiós. (Vase.)

BLANCA (Me inspira
miedo este hombre.)

BAR. (Por fin
conseguí lo que quería.)

ESCENA VI

DICHOS menos ANDRES

BAR. Hermosas flores teneis,
pero morirán de envidia
ante otra flor más hermosa
en la montaña nacida.

ANT. (Pues; ya empiezan los piropos
diarios de todos los días.)
BLANCA Esas frases me sonrojan
y yo no debo de oirlas.
BAR. Siempre el desdén... Oye, Antón.
ANT. (Me cayó la nube encima.)
¿Qué se ofrece?
BAR. Que me estorbas.
ANT. (¡La indirecta ha sido fina!)
Es que yo si estoy aquí
es...
BAR. Obedece y no insistas.
ANT. (Es claro, el que manda, manda.
¡Cuándo cambiaré de vida
para que ningún farsante
me avasalle!)
BAR. ¿Qué replicas?...
ANT. ¡Ná... que me voy!
BLONCA (Aparte á Antón.) (No te alejes.)
ANT. ¡Quiá! Yo no os pierdo de vista.
(Vase por el foro derecha.)

ESCENA VII

BLANCA y EL BARÓN

BAR. Y bien, hermosa aldeana;
¿porqué mi pasión esquivas
cuando con ella te ofrezco
mi fortuna?
BLANCA No prosiga
y guarde tales lisonjas
para su esposa.
BAR. ¡Deliras!
El divorcio nos separa;
ningún afecto nos liga.
Mi esposa... pasión vulgar
á quien tu beldad domina.
¡Tú eres la sola ilusión
que mis pesares mitiga,
y por un sí de tu boca
alma y corazón daría!

BLANCA A la que honrada ha nacido
en vano ese amor le brinda.
Mi corazón, ya os lo dije,
por otro dueño suspira.

BAR. Alberto... un simple soldado.

BLANCA No lo sé... pero no insista.
Nada me importa su clase,
que el oro no me alucina...
¡Yo le quiero, y el amor
no repara en jerarquías!

BAR. ¿Y no sabes, desgraciada,
lo que puede mi valía?...
¿No sabes que si desprecias
esta pasión que me inspiras,
puede llegar mi venganza
adonde tú no imaginas?

BLANCA ¡Sé que podéis arrojarnos
de esta morada tranquila,
donde la honradez se alberga
y no cabe la perfidia!...
¡Sé que podéis anublar
el cielo de nuestra dicha,
y sé que en nada repara
vuestra ambición desmedida;
más no esperéis que por miedo,
á vuestra pasión me rinda,
que nunca falta un amparo
al que por el bien camina.

BAR. De todo seré capaz
si á ello tu desdén me obliga.
Piensa, pues, con más cordura
lo que mi lengua te dicta...
¡Con mi pasión, tu fortuna!
¡Con mi rencor, tu desdicha!
Pronto volveré y espero
tu decisión.

BLANCA Es sabida.

BAR. ¡Negra suerte te amenaza!

BLANCA ¡La pobreza no mancilla!

BAR. ¡Ay, si la virtud te vence!
(Vase por el foro derecha.)

BLANCA ¡Ay, si la maldad os guía!

ESCENA VIII

BLANCA

¡Mi padre, viejo y honrado,
el objeto no adivina
que aquí conduce al Barón,
y ningún temor le inspira!
¡Ay, Alberto! De mi lado
te arrancó la suerte inicua...
que si tu amor me escudase
al Barón no temería.
¡Acaso jamás le vea!
(Preludio en la orquesta hasta la salida de Alberto.)
Acaso en lejanos climas
murió... ¡Madre de mi alma,
velad!... velad por su vida,
que él es el único faro
que mi esperanza ilumina.
¡Tened piedad de mi pena!
¡Volvédmele, Virgen mía!
(Vase por la puerta izquierda.)

ESCENA IX

La escena queda un momento sola y aparece ALBERTO por el monte izquierda. Vestirá de militar con largo capote

Música

ALBERTO ¡Dulces recuerdos de ayer!
¡Blanco nido de mi amor!
Hoy, por fin, os vuelve á ver
el soldado vencedor.
¡Gracias, Señor! ¡Gracias, Señor!
que en la ausencia despiadada
me infundiste tu valor.

—

¡Bendito el sol, que alegre
mi frente baña!

¡Bendita la flor bella
de la montaña!
Dichoso yo,
que puedo al lado suyo
morir de amor.

—

Venturosas las aves,
que amantes giran.
Venturosas las flores,
que amor respiran.
Dichoso yo,
que vuelvo al lado suyo
loco de amor.

—

Claro arroyuelo
que de mi amada
fiel retrataste
franca mirada,
dí si en la ausencia
llanto vertió,
y enamorada
por mí lloró.

Hablado

ALB. ¡Lleguè!... Mi afán no se engaña
al suspirar satisfecho...
Nada mi ventura empaña...
¡Por fin respira mi pecho
el aire de la montaña!
Puras y aromosas flores
(Acercándose á la ventana.)
que comprendéis los temores
de mi pecho enamorado...
¡decidme si me ha olvidado
esa flor de mis amores! (Pausa corta.)
¡Triste, angustioso momento!...
Me devora la impaciencia,
que en vano calmar intento...
¡Ay de mí, si tras la ausencia
olvidó su juramento!...
¡Ay, si la ilusión me engaña

y el cielo de mi fe pura
triste desengaño empaña,
hoy que cifro mi ventura
en la flor de la montaña! (Pausa)
Quiero al punto averiguar...
¿Cómo llamar su atención?
¡Ah, si no llegó á olvidar,
debe al punto recordar
los ecos de mi pasión!
(Coge la flauta que habrá sobre el banco, y se oculta detrás de la casa.)

ESCENA X

ALBERTO al foro, y BLANCA que sale puerta izquierda.

Música

BLAN. ¡Recuerdo divino!
¿Por qué no te apartas
jamás de mi mente?
Mas ¡ay! si en el alma
te llevo grabado,
¿quién de ella te arranca?
¡No hay nadie!...
ALB. Un soldado
que implora su gracia.
BLAN. ¡El es, Dios piadoso!
¡Mi Alberto!
ALB. ¡Mi Blanca!
BLAN. ¡Seis años de ausencia!
ALB. Unidas se hallan
al Conde del Muro,
mi suerte y mi espada,
y yo de su escolta
formé la vanguardia,
ansioso de verte,
¡mi dulce esperanza!
BLAN. ¿No apagó la ausencia
tu tierna pasión?
ALB. ¡Ausencia no apaga
la luz del amor!

—

En la guerra, zozobrante
el tambor al redoblar,
de mi corazón amante
remedaba el palpitar.
No era el miedo de la muerte
el que se agitaba en mí;
era el miedo de perderte,
que es más triste que morir.
¡Por tu amor luché!
¡Por tu amor vencí!
¡Con tu amor seré,
bien mío, feliz!

BLAN. Si al dormirse entre esas flores
triste el aura suspiró,
sollozando mis amores
siempre en vela me encontró.
Y si en aparente calma
pude mis ojos cerrar,
con los ojos de mi alma
te miraba sin cesar.
¡Por tu amor velé!
¡Por tu amor viví!
¡Con tu amor seré,
bien mío, feliz!

ALB. Al sonar con su alegre diana
la voz del clarín:
al fulgor de la aurora temprana
que empieza á lucir:
ese rostro que á mí me enamora
miraba en su luz,
que es tan blanca la luz de la aurora
cual Blanca eres tú.

BLAN. Al sonar la campana en la ermita
llamando á oración:
y al pedirle á la Virgen bendita
su fiel protección:
por mi Alberto, con tiernos extremos,
mi labio rogó.
De memoria tu nombre sabemos
la Virgen y yo.

ALB. Blanca amanecía
la llama del sol.

BLAN. ¡Dios te salve, Alberto,
murmuraba yo!

ALB. ¡Dulce diana!
BLAN. ¡Santa oración!
LOS DOS Unase al tuyo
mi corazón.
¡Por fin palpitan
juntos los dos!
¡Calla, bien mío,
que habla el amor!

ESCENA XI

DICHOS, y ANTÓN foro derecha

Hablado

ANT. ¡Demonio! ¿Aquí un militar?
¡Pero qué miro, esa cara!...
ALB. ¡Antón! (Yendo á él.)
BLANCA Es Alberto.
ANT. ¡El!
ALB. ¿Qué haces que no me abrazas?
ANT. ¡Si no me diera vergüenza!
ALB. Vamos... mis brazos te aguardan.
ANT. ¡Me da así... cierto reparo...
pero si es que me lo manda,
allá voy!... (Se abrazan.)
ALB. ¡Aprieta!
ANT. ¡Digo;
pues si verle deseaba
más que en el invierno al sol
y más que en verano al agua!
Conque tú... conque vos...
ALB. ¡Cómo
¿Antes no me tuteabas?
ANT. ¡Toma! Antes era antes;
pero hoy ya con esa espada...
y ese bigote...
ALB. ¡Aprensión!
Soy el mismo.
ANT. Vaya, vaya
¿Ya serás cabo lo menos?

ALB. Soy... oficial... casi nada.
ANT. Me alegro, porqué te quiero,
y porque quiero á mi Blanca,
y como ella te quiere
y por tu querer penaba,
yo quería que quisiera
el cielo volverte á casa.
ALB. Antón, por tu buen deseo
otro abrazo.
ANT. ¡Cómo cambia
la suerte en algunos hombres,
mas lo que es en mí, bobada!
Tan bruto soy como era...
¡Así lo fué toa mi casta!
ALB. Yo me encargo de tu suerte.
Tengo amigos...
ANT. Muchas gracias;
pero no tengo ambición...
Con mi trabajo me basta.
¡Viva Alberto!... (Tira el sombrero.)
ALB. ¡Pobre Antón!...
BLAN. Te quiere tanto...
ANT. Anda, anda,
que venga ahora el Barón
á pretender...
BLAN. (A Antón.) (¡Por Dios, calla!)
ALB. ¿El Barón?...
ANT. ¡Justo, ese tío!...
ALB. Gobernador de la plaza.
ANT. ¡Gracias á eso, que si no!...
Lo que es por falta de ganas...
BLAN. Antón, no viene mi padre...
Búscale y dile...
ANT. En volandas
le traigo... Conque, hasta luego.
¡Que viva Alberto! (Vase foro derecha.)
ALB. ¡Adiós!...
BLAN. ¡Cuánta
sencillez!
ALB. ¡Digna de aprecio,
es una amistad tan franca!
Mientras vuelve con tu padre
las órdenes necesarias
tengo que dar, pues el Conde

resignó su confianza
en mí. ¡Adiós!...

BLAN. ¡Adiós, Alberto!

ALB. (¡Aun me quiere!) (Vase foro derecha.)

BLAN. (¡Aun me idolatra!)

ESCENA XII

BLANCA; á poco EL BARÓN, foro derecha

BLAN. ¡Le vuelvo á ver!... ¡Ya está aquí!
Yo que muerto le creía...
¡No; no mata la alegría
cuando no me mata á mí!
Respira ya, corazón,
libre de tu sufrimiento...
¡Ya está aquí!... Feliz momento.
¡El es!... ¡El es! .. ¡El Barón!
(Al decir «El es» se vuelve y se encuentra con el Barón que habrá aparecido y habrá ido bajando poco á poco.)

BAR. ¿Qué os pasa, que bruscamente
os volveis al encontrarme?...
¿No os atreveis á mirarme,
por ventura, frente á frente?
Tal conducta apenas puedo
comprender, hermosa mía...
Cualquiera imaginaría
que llegué á inspiraros miedo.

BLAN. ¿Miedo?... ¡No es miedo!... Es rubor
el que al veros me acompaña.
¡Las hijas de la montaña
no saben lo que es temor!

BAR. ¡Aunque tal imperio ejerza
en tí esa loca porfía,
te juro que has de ser mía,
si no de grado, por fuerza!

BLAN. ¡Yo vuestra!... ¡Barón, jamás!

BAR. Por última vez, te ruego...

BLAN. Barón, estáis loco...

BAR. ¡Y ciego
por tu amor. (Se acerca.)

BLAN. ¡Atrás!

BAR. ¿Atrás?

Mal has calculado el modo
de poner coto á mi amor...
¡No exasperes mi furor
que con él me atrevo á todo!

BLAN. ¡De su vergonzoso alarde
no me asusta el golpe rudo!...
¡Con la virtud por escudo,
nunca se teme á un cobarde!

BAR. Cobarde será la acción,
pero has de ser mía, Blanca.
¿Quién de mis brazos te arranca?
(Avanzando hacia ella.)

AND. ¡Su padre, señor Barón!
(Separándole bruscamente.)

ESCENA XIII

BLANCA, EL BARÓN y ANDRÉS, que habrá oído los últimos versos.

BAR. ¿Tu mano pones en mí?

AND. ¡Me contuve no se cómo!
Puse la mano y no el plomo.
(Señalando el arcabuz.)

BAR. ¿Me insultas, villano, así?
¡Noble soy!

AND. Lo habéis negado
al pretender mi deshonra...
¡Jamás atentó á la honra
el que se precia de honrado!
¡Noble, de origen francés,
que sólo de intrigas sabe!...
¿Qué sabéis vos lo que cabe
en un pecho montañés?
¡No extiende poco sus vuelos,
porque encontró en su camino
un trozo de pergamino,
deshecho de sus abuelos!
Yo, viejo mísero y rudo,
aspiro á más noble palma...
¡La nobleza está en el alma,
no en el brillo de un escudo!
¡Si eso es noble, vive Dios,

de tal nobleza reniego!...
¡Vale el último pasiego
veinte veces más que vos!

BAR. ¿Me insultas?... Muy pronto aquí
temblarás de mi nobleza...

AND. ¡No hay en el mundo grandeza
que me haga temblar á mí!

BLAN. Por piedad... (Va á arrodillarse)

AND. Alza del suelo:
no así dobles la rodilla...
¡La virtud sólo se humilla
ante el Dios que está en el cielo!

BAR. Vuestra altivez me desdora...
¿Olvidais quién soy aquí?...
Humillaos ante mí
y esta cruz que me decora.

AND. ¡Ni á vos ni á esa cruz me humillo,
que su brillo no es bastante!...
¿Cómo queréis que me espante
de una sola cruz el brillo?
Si hubieran salido á luz
mis triunfos, hecho por hecho,
y hubieran puesto en mi pecho
por cada herida una cruz,
cual delante de un santuario
vuestro orgullo se hundiría,
pues os juro que tendría
sobre mi pecho un calvario.

BLAN. No le oigais... (Al Barón.)

BAR. Ya sin rebozo
puedo mostrar mi fiereza...
¡Veremos si esa dureza
se ablanda en un calabozo!
(Aún soy el Gobernador
de esta comarca, y bien puedo...)
¡Queda adiós!
(Sonriendo. Vase por el foro derecha.)

AND. ¡Si con él quedo,
desprecio vuestro furor!

ESCENA XIV

BLANCA, ANDRÉS y á poco ALBERTO y ANTÓN.

BLAN. ¡Se vengará, no lo dudes!
AND. Sólo el cobarde se venga.
BLAN. Tiene poder.
AND. Poco tiempo
ya de su mando le resta.
Antón me dijo que Alberto...
BLAN. Volvió; ¿acaso no observa
en mis ojos la alegría
que les trajo su presencia?
AND. Si él supiese que el Barón...
BLAN. ¡No... padre, que no lo sepa!
AND. ¿Cómo no viene á abrazarme?...
Ya me mata la impaciencia
por verle...
BLAN. Pronto vendrá!
AND. ¡Qué algazara! (Ruido dentro.)
BLAN. Es que se acercan
los soldados que del pueblo
parten hoy.
AND. Ven: que no adviertan
ni el rubor en tu semblante,
ni en el mío la vergüenza. (Entran en la casa.)

ESCENA XV

Sale el Coro de aldeanas y soldados

Música

ALDS. ¿Conque te relevan
y te marchas hoy?
SOLDS. Dí tú que me llevan,
que yo no me voy.
ALDS. No tengo esperanza
de volverte á ver.
SOLDS. El que manda, manda,
y hay que obedecer.

—

Cuando dice un superior:
¡Batallón! ¡De frente! ¡Mar!...
no respeta ni el amor
la ordenanza militar.
Ta, ta, tí; ta, ta, tí.
Ta, ta, tí; ta, ta, tá.
Y ciegos los soldados
no saben dónde van.
Ta, ta, tí; ta, ta, tá.
Ta, ta, tí; ta, ta, tá.

ALDS. Cuando dice un superior:
¡Batallón! ¡De frente! ¡Mar!...
nuestro amante corazón
sólo sabe palpitar.
Tipitín, tipitán.
Tipitín, tipitán.
Detrás de los soldados
el corazón se va.
Tipitín, tipitán.
Tipitín, tipitán.

—

Cuando haya romería,
¿con quién voy á bailar?
¿Y quién nos hará el duo
la copla al entonar?

SOLDS. Cuando haya romería
solita bailarás,
y nadie te hará el duo
la copla al entonar.

—

El amor de las mujeres
es amor bien pasajero;
juran amor en Diciembre,
para olvidarlo en Enero.
Que ya no me engañas,
que ya no te creo.
No pases tú pena,
no tengas cuidado,
que yo soy constante
aunque soy soldado.

La palabra mía
la respetaré,
y en cuanto yo cumpla
te la cumpliré.

ALDS. El amor de los soldados
es amor bien pasajero;
juran amor en Diciembre,
para marcharse en Enero.
Que ya no me engañas,
que ya no te quiero.
No pases tú pena,
no tengas cuidado,
que yo seré firme
al amor jurado.
La palabra mía
la respetaré,
y antes de que cumplas
te la cumpliré.

—

SOLDS. Un abrazo á cuenta
quiero que me des.

ALDS. Quita, que es de día,
y nos van á ver.

SOLDS. Mira cómo lloro
de pena al partir.

ALDS. Mira los pucheros
que hago yo por tí.

—

SOLDS. El amor de las mujeres, etc.

ALDS. El amor de los soldados, etc.

—

¡Pobrecito mío,
que te marchas hoy!

SOLDS. Dí tú que me llevan,
que yo no me voy.

—

TODOS Cuando dice un superior, etc.

ESCENA XVI

DICHOS, ANTÓN y ALBERTO y en seguida BLANCA y ANDRÉS.
El Coro forma grupo al foro

Hablado

ANT. ¡Tío Andrés!... ¡Aquí está!...
(Salen Blanca y Andrés.)
AND. (Abraza á Alberto.) ¡Hijo mío!
ALB. ¡Padre!
ANT. ¡Alegría completa!
AND. ¡Cuánto tu falta he sentido!...
ANT. ¡Pero sobre todo ella!
ALB. No hay plazo que no se cumpla,
y terminó el de la ausencia.
¿Mas qué noto en sus semblantes
que honda agitación revelan?. .
¡Vos, padre, estais tembloroso!...
¡Y tú estás como la cera!
¿Qué sucede?
ANT. De seguro
que es alguna hazaña nueva
del Barón...
ALB. ¿Cómo? El Barón...
ANT. ¡Toma, toma! ¡Buena es esa!
¡Si anda siempre tras de Blanca!
ALB. ¿Qué es lo que dice tu lengua?
¿Ese traidor á su patria
te persigue?
ANT. ¡Ya trae fecha
su *prosecución.*
BLAN. En vano
fué desatender sus quejas.
ANT. ¡Aquí viene con soldados!
BLAN. ¡Él!
AND. ¡Cobarde!
ANT. (Al foro.) ¡Ya se acerca!
ALB. Nada temas: allí, oculto,
he de oirle sin que él me vea.
(Se oculta detrás de un árbol.)

ESCENA XVII

DICHOS, EL BARÓN, DOS SOLDADOS y UN CABO

BAR. ¡Veremos si esa bravura,
de que altivo hacías gala,
toda su fiereza exhala
en una prisión oscura!
BLAN. ¡Padre!
ANT. (¡Cláro, si es un pillo!)
AND. ¡Infame!
BAR. Insúltame ahora.
¡Llevadle, y que sin demora
se le encierre en un castillo!
(Los soldados van á obedecer, pero Alberto sale y se interpone.)
ALB ¡Esperad!... Antes debemos
hablar un poco los dos.
BAR. ¡Un militar!...
ALB. ¡Sí, por Dios!
BAR. Distintos grados tenemos.
BLAN. ¡Alberto!...
ALB. Gran diferencia
existe... ¡No sois mi igual!
BAR. ¡Sabed, señor Oficial,
que se agota mi paciencia!
ALB. Más calma; yo no me afano.
BAR. ¡Cuando mis insignias vió,
tener al punto debió
ese sombrero en la mano!
¡Nunca llegué á rebajarme
de mi linaje en desdoro,
ni en contra de mi decoro,
con un súbdito á igualarme!
ALB. ¡Tenéis razón, vive Dios!
¡Difícilmente se iguala
un militar... de antesala,
perfumado, como vos,
á un soldado que en la guerra
luchó esforzado y valiente,
dando al enemigo frente...
dando su sangre á la tierra!

La música del salón
más agrada á vuestro oído
que el fiero y ronco zumbido
del mortífero cañón.
Hipócrita cortesano,
hablais del soldado en mengua,
con la mentira en la lengua
y con el guante en la mano.
¡Esforzado campeón
fuérais vos, á no dudar,
si supiérais manejar
la espada cual la traición!

BAR. ¡La traición!

ALB. Vuestros afanes
mal pretendéis ocultarlos:
sé que al archiduque Carlos
defendéis con torpes planes.
¿Vos un militar?... ¡Mentira!
¡Merece otro nombre el hombre
que, mancillando su nombre,
contra la virtud conspira!...
¡Quien solo sabe intrigar
de torpe ambición guiado,
ni es español... ni es honrado...
ni noble, ni militar!

ANT. (¡No le dió mala pedrada!
¡Me alegro!)

BAR. (¡Suerte traidora!)
Yo os arresto desde ahora;
entregadme vuestra espada.

ALB. ¿Dárosla?.. ¡Delirio vano!
¡Inútil lo considero,
que pesa mucho mi acero
para una tan débil mano!

BAR. ¡Temed mi enojo seguro!
¿Por qué con desdén me habláis
y mi orden no respetáis?
¿Quién sois?

ALB. ¡El Conde del Muro!

(Desabróchase el capote y enseña la banda y las insignias de capitán.)

BLAN. ¿El Conde del Muro?..

ALB. ¡Sí!

BAR. Pues me viene á relevar...

ALB. Antes debéis escuchar
esta orden... (Saca un pliego.) Dice así:
(Lee.) «Al encargaros del mando de Gobernador de la plaza y castillo de Laredo, os ordeno que inmediatamente reduzcáis á prisión al Barón de Saint-Flavier, que ocupa dicho puesto.—Yo, el Rey.»
ANT. ¡Me alegro! (Saltando.)
BAR. ¡Suerte cuitada!
ALB. Esta empresa salió mal...
Y ahora ¿soy ya vuestro igual?
Señor Barón... vuestra espada.
(El Barón la entrega á Alberto y éste se la da al cabo.)
Vanse Barón y soldados.)
¡Llevadle! ¡De él me responde!
ANT. ¡Cayó al fin en el garlito!
¡Buena fortuna, amiguito!
(Dándole empujones al Barón.)
ALB. ¡Padre! ¡Blanca! (Colocándose en medio.)
AND. (Con respeto.) Señor Conde ..
ALB. ¡En mis brazos! ¿Por qué advierto
ese cambio... vida mía?
Te ofrece su jerarquía
con su cariño tu Alberto.
BLAN. ¿Por qué así nos ocultabas?..
ALB. Mi rango quise esconder,
Blanca mía, por saber
si como Alberto me amabas.
Licencia al rey le pedí
por verte; me la otorgó,
y este cargo me entregó
porque mucho fía en mí.
BLAN. ¡Alberto!
ALB. Mi suerte extraña
hoy me brinda amor y gloria:
el laurel de la victoria
y LA FLOR DE LA MONTAÑA.
(Música en la orquesta.)

TELON

ARCHIVO Y COPISTERIA MUSICAL

PARA GRANDE Y PEQUEÑA ORQUESTA

PROPIEDAD DE

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

Habiendo adquirido de un gran número de nuestros mejores Maestros Compositores, la propiedad del derecho de reproducir los papeles de orquesta necesarios á la representación y ejecución de sus obras musicales, hay un completo surtido de instrumentales que se detallan en Catálogo separado, á disposición de las Empresas.

PUNTOS DE VENTA

En casa de los corresponsales y principales librerías de España y extranjero.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranza, sin cuyo requisito no serán servidos.